

**“El mayor entre vosotros será vuestro servidor.”** (Mateo 23, 1-12)

El texto que reflexionamos nos presenta un aspecto clave de la ética cristiana al poner el acento en la coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos, así como en las motivaciones que sustentan nuestro actuar.

La imagen del “servidor” se contrapone a la del fariseo y a la del escriba que se refugian en la ley y hacen de sus actos motivos de ostentación personal.

El mundo del sufrimiento psíquico nos ofrece a diario ocasiones para servir sin esperar recompensa ni reconocimiento alguno y puede convertirse en una escuela para el discipulado.

San Benito Menni se refería con frecuencia al concepto del servicio, unido al del amor: “SERVIR y AMAR”. Servir amando y amar sirviendo, por coherencia, sin esperar recompensa ni gloria alguna. Por ello la sencillez, la modestia, la humildad, son el santo y seña de quien sirve porque ama.

Cuando la frustración ante la falta de reconocimiento nos vence, deberíamos analizar con sinceridad las motivaciones por las que actuamos. Muy probablemente nos encontraremos con nuestras inconsistencias.

La psicología nos advierte sobre la necesidad de distinguir las acciones de las motivaciones. Las mismas acciones pueden tener motivaciones contrapuestas. Las mismas acciones pueden tener en un caso el sello evangélico del amor y en otros, ser expresiones de la propia inmadurez. Puedo estar sirviendo al otro desde la entrega más incondicional o hacer lo mismo desde el deseo íntimo de ser admirado, reconocido o simplemente justificado ante mis propias exigencias de autoimagen.

De este modo la entrega y el compromiso pueden responder tanto a una actitud generosa y desinteresada como a la búsqueda del reconocimiento y el aplauso; pueden ser expresiones de un proyecto de vida madura y desinteresada o una estrategia de reforzamiento de la propia imagen.

La humildad parece ser la clave desde la que Jesús nos invita a identificar el servicio al otro en clave evangélica. Cualquier búsqueda de contraprestación por nuestros actos de entrega estará denunciando nuestra incoherencia motivacional y, a la larga, comprometiendo la continuidad de nuestra entrega.

El tiempo de cuaresma en el que nos vamos adentrando nos ofrece la oportunidad de mirar con serenidad, y desde la bondad de Dios, nuestras limitaciones; aceptarlas en razón de nuestra humana condición y pedir al Espíritu sus dones para sostenernos en el camino, por cierto constante, de nuestra conversión.

Danilo Luis Farneda Calgaro PASTORAL

ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL

